

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 89.—BARCELONA 24 DE ENERO DE 1916



Oficiales alemanes interrogando a varios prisioneros franceses, tocados con el nuevo casco de acero

CRONICA INTERNACIONAL

I. La situación de los dos grupos de beligerantes.—II. La asamblea nacional de la India.—III. La ley del servicio obligatorio y el Parlamento británico

I.—La situación de los dos grupos de beligerantes

«Nuestra situación económica mejora de día en día, y la de los Imperios centrales se agrava; el círculo de hierro en que les tenemos encerrados, concluirá por hacerles perecer por asfixia. Ni Alemania ni Austria pueden salvarse. Nuestra victoria final es una verdad matemática.....» Esa es la forma que toman ahora las esperanzas de los aliados. No sabemos lo que pensarán de las matemáticas los belgas, serbios, polacos, lituanos, franceses del Norte, pero sí lo que opinan los norteamericanos, a cuyas manos pasa todo el oro de Francia e Inglaterra; tampoco hace al caso el hablar de un círculo de hierro que se va ensanchando y se ha roto en el N. y en el S.; y discutir si puede salvarse o no quien está zurrando a los demás, parece un poco atrevido. Nuestro tema es otro.

En lo que toca a la vida económica interior, en-

lazada al comercio e industria, la duración de la guerra ¿a quiénes ha perjudicado más? ¿a los aliados o a los imperiales?

Aparte de las operaciones militares, los comienzos de la guerra no hacían presagiar nada favorable a los dos Imperios, cuya situación fué considerada generalmente como desesperada. Aislados del resto del mundo, paralizado y muerto su comercio exterior, con déficit de primeras materias, todas las matemáticas y aun la lógica hacían pensar que la lucha no podría prolongarse mucho tiempo: acaso los ejércitos germanos ganasen las batallas, pero los ancianos, las mujeres y los niños perecerían de hambre, y los imperiales tendrían que someterse. Lo que en realidad ha acontecido no es menester recordarlo, porque está en la memoria de todos: el orden, la previsión, la severa administración, conjuraron el conflicto, la guerra abrió nuevos cauces a la actividad nacional, y se estableció en el interior del país una rotación económica tan sabia, que no pareció

sino que el dinero se multiplicaba en términos inagotables. Los primeros seis meses fueron de prueba, porque nadie podía responder de una cosa tan compleja como la existencia de una nación; después, la tranquilidad volvió a los espíritus, se comprobó del único modo que estas cosas pueden comprobarse, con la experiencia, que no faltarían alimentos, primeras materias, ni medios de guerra, y se estableció un régimen, que debería llamarse normal, el más adecuado en tiempos calamitosos como fundado en la austeridad, en la economía, en la simplicidad de costumbres, en el orden y en la medida. La explotación de las riquezas mineras de Bélgica y el N. de Francia, fué un primer alivio; la reconquista de los yacimientos galitzianos y la ocupación de Polonia y provincias limítrofes, dió lugar a risueñas esperanzas y colmó la falta de ciertos géneros, cuya necesidad se hacía sentir de un modo apremiante; y, finalmente, el aplastamiento de Serbia rompió el dique más fuerte, y torrentes de cereales y otros productos entraron en Austria y Alemania. Definitivamente el famoso círculo de hierro acababa de quebrarse como frágil cristal. Si se compara la situación actual de los Imperios con la de agosto de 1914, se observa una mejora extraordinaria; ayer, el abastecimiento era problemático; hoy está asegurado; antes, no había posibilidad de comerciar con el extranjero; ahora, el comercio es un hecho, versando las transacciones sobre los productos—de guerra—que los Imperios fabrican en mayores cantidades; hace año y medio, los Imperios vivían sólo para sí; al alborar el año 1916, vuelven a funcionar las aduanas, sin que los adversarios puedan oponerse al tráfico, como lo paralizaron mientras estuvo abierta la puerta italiana, porque tiene lugar exclusivamente por tierra y al amparo de millones de bayonetas. ¿Habrà quien niegue estos hechos, cuya evidencia está al alcance de cualquiera?

Los más favorables auspicios presidieron la declaración de guerra de los aliados: dueños éstos de los mares y banqueros del mundo, no sólo sus propios recursos, sino los de los restantes pueblos de la tierra, servirían para aplastar a los germanos. El *Emdem*, el *Koenisberg* y algunos otros pocos barcos alemanes entorpecieron ligeramente el comercio de la *Entente*, pero aquello no fué más que una sombra que desapareció pronto. No había motivos ni temores que aconsejaran la reglamentación de la vida interior; sobraba el dinero; no faltaría nada de lo que se necesitase, y todo podía continuar como en tiempo de paz. ¡Ilusión engañosa!

Primero, vino el fracaso de las municiones; fabulosas cantidades de oro se encaminaron a los Estados Unidos, que las aprovecharon para abrir empréstitos a los aliados a un crecido interés; América se lucró, no sólo con los beneficios de sus ventas, sino con los intereses de estos beneficios, que volvieron a producirles nuevos y nuevos intereses. El dinero alemán se quedaba en Alemania, pero el dinero británico y francés emigraba, para no volver más. Al mismo tiempo aparecieron los submarinos alemanes, que llevan ya echado al fondo del mar más de un veinteavo de la flota total mercante de los aliados; se encarecieron los fletes, subieron a las nubes las primas de seguros, no pocas compañías extranjeras se negaron a servir las necesidades de la *Entente*,

y se vió con estupor cómo muchas materias y artículos de primera necesidad alcanzaban mayores precios en Inglaterra y Francia que en las bloqueadas Alemania y Austria, a quienes se pintaba como famélicas y moribundas.

La espantosa sangría en la marina mercante ha sido un golpe fatal al comercio de los aliados; pero la política inglesa y la puntería alemana han abierto una herida bastante peor. Para sostener las expediciones a las costas griegas, a Gallípoli, a Egipto y al golfo Pérsico, Inglaterra ha tenido que requisar muchísimos barcos de gran tonelaje y una nube de embarcaciones menores, apartándolas de su finalidad comercial; las grandes compañías trasatlánticas han reducido sus servicios, y de todo ello ha resultado que la crisis, con la que se creyó aplastar a Alemania, ha estallado en los adversarios de ese Imperio. Inglaterra y Francia carecen hoy de instrumentos bastantes para cubrir sus necesidades con los recursos que por mar han de llegarles del extranjero, y tienen que pagar a precios exorbitantes el apoyo de los neutrales. Ahora es cuando empiezan a sentir las consecuencias desastrosas de la guerra en el orden económico. No se prepararon, creyeron que les bastaba el dominio del mar, y, aunque tarde, se han convencido que la existencia de cuatro poderosas naciones no puede encomendarse a los caminos del mar, sino que ha de cimentarse en la producción del territorio patrio. ¿Cabe la menor duda sobre estas verdades, que unos confiesan y reconocen y otros no niegan?

Para los aliados la situación ha ido empeorando, a medida que mejoraba la de los imperiales. Prudentes y cautos, los germanos mantienen sus métodos de rigor, que la costumbre ha hecho normales y se soportan ya sin molestia; mientras que los aliados tienen por fin que caminar hacia las privaciones y el encarecimiento; si en el centro de Europa no ha aumentado el dinero, aumentará desde que se ha abierto el camino de Oriente, pero las fronteras que le opusieron sus enemigos han impedido que disminuyera; mientras que si el mar es ya insuficiente para que por él siga realizándose el comercio de la *Entente*, ha dado todas las facilidades para que el oro huyera en busca de parajes más tranquilos. Los unos se elevan al compás de sus victorias, y los otros se hunden a medida de sus fracasos, que se les hacen así más dolorosos. Y todo ello porque los unos han visto y los otros no han querido ver, que cuando se está en guerra, todo, absolutamente todo, depende de la acción de las armas. ¡Gran cosa es el dinero, pero se agota antes que el buen temple de alma, y su cobardía no puede ponerse delante de la voluntad y del espíritu guerrero! No los pueblos ricos, sino los pobres son los que en todos los tiempos han asombrado al mundo.

II.—La asamblea nacional de la India

Se ha celebrado en Bombay, en la última semana de diciembre, el Congreso que había de deliberar sobre las aspiraciones indostánicas. Personajes indios tan caracterizados y conocidos por su adhesión a Inglaterra como Sinha, presidente del Congreso nacional, y Dorab Tata, presidente de la Conferencia industrial, desplegaron todas sus habilidades

para que las sesiones transcurrieran sin incidentes y no se exteriorizase la animadversión contra Inglaterra. Lord Willingdon intervino personalmente, y se impuso como condición previa, aunque sin anunciarla públicamente, que el Congreso votara un acuerdo de lealtad a Inglaterra.

Conocida esta imposición, los más de los musulmanes se declararon contrarios a la reunión del Congreso, en tanto Turquía estuviese en guerra con la Gran Bretaña; consiguióse por fin reunirlos, y desde los primeros momentos se manifestó una fuerte corriente de opinión favorable a la petición de la autonomía total del país; Sinha enumeró los obstáculos que se opondrían a esta reforma, y se inclinó en favor de una semi-autonomía provincial. La primera sesión terminó sin llegarse a un acuerdo. Intervino entonces nuevamente Lord Willingdon, y se convino que en la segunda sesión las discusiones versaran exclusivamente sobre estos tres puntos: lealtad al Gobierno inglés; nombramiento de una comisión que, relacionándose con otras entidades, propusiera un plan de reformas; y petición de que se prolongara el tiempo de mando del virrey, Lord Hardinge.

Como se ve, el programa no podía ser más inocente, y no tenía nada de pecaminoso. El primero y tercer puntos pasaron sin discusión, pero el segundo despertó los sentimientos nacionales de casi toda la asamblea; temiendo una mistificación, los más exaltados pidieron que no se discutiera el punto, y como el presidente no accediera, sobrevino el desorden y hubo de levantarse la sesión. En la tercera y última predominó por gran mayoría la tendencia a una completa autonomía, aunque algunos insistieron en la conveniencia de aplazar las reformas políticas para cuando terminara la guerra y se hubiera reconstruido el Imperio.

Este es el resumen de lo que dice la prensa inglesa sobre la Asamblea nacional de la India, Asamblea que es probable no se hubiera tolerado un año atrás. Si la guerra con Turquía ha repercutido o no en el Indostán, y si el Imperio británico conserva o no incólume su fuerza moral, bien a la vista está. Los comentarios hágalos el lector. El hecho es de tal importancia que no puede escapar a nadie, y en esta materia las realidades no pueden ser desfiguradas por las argucias de la pluma, ni por largos párrafos de bien meditada prosa.

III.—La ley del servicio obligatorio y el Parlamento británico

Las discusiones sostenidas en el Parlamento británico con motivo del proyecto de ley sobre el servicio obligatorio, han sido muy interesantes. Como es sabido, se exceptúan del servicio: 1.º aquellos hombres cuyo trabajo sea más útil al Estado en la metrópoli que en el ejército; 2.º los que sean el sostén único de sus familias; 3.º los declarados sin aptitud suficiente, en los reconocimientos facultativos; 4.º los vulgarmente llamados *cuákeros*, o sea los que aleguen «escrúpulos de conciencia a prestar el servicio combatiente» (clérigos, religiosos de las diversas confesiones, etc.). Mr. Asquith recordó que esta última excepción figuraba también en las leyes promulgadas durante las campañas napoleónicas y en

las que se votaron posteriormente con ocasión de otras guerras. Detalló minuciosamente el primer ministro la necesidad de la ley y las ventajas que de ella se derivarían, y tomó como punto de partida el recuerdo de que esta decisión obedecía a un «compromiso»

Los principales impugnadores fueron los nacionalistas irlandeses Redmond y Dillon y el exministro Simón. Los dos primeros hicieron constar que Irlanda no agradecía la excepción que a su favor se hacía en la ley—que sólo comprende a Escocia e Inglaterra,—porque había demostrado su patriotismo organizando tres divisiones de voluntarios; y añadieron que si el primer ministro declaraba que esa ley era el medio para llegar al término victorioso de la guerra, la votarían, pero que si se trataba de un compromiso, no. A pesar de la insistencia del argumento, Mr. Asquith no rectificó sus palabras. Simón desmenuzó la cifra de 650,000 hombres que, a lo sumo, caían dentro de los preceptos de la ley, y sentó que sólo unos 200,000 serían incorporados al ejército, y añadió: para obtener tan escaso resultado y con lo avanzada que está la guerra, ¿vale la pena de despertar la agitación en el país, sembrar la discordia y romper la unidad de miras? Al resumir los debates el leader del partido conservador y también ministro, Mr. Balfour, dió a comprender claramente que se trataba de una medida impuesta por la conservación de la alianza, dirigida a satisfacer la opinión pública de otras naciones amigas, y sostuvo la extremada urgencia de la ley; precisamente para que no hubiera dilaciones en la discusión, ni las oposiciones hicieran obstrucción, se había excluido a Irlanda y se pusieron las cuatro clases de excepción, con lo que esperaba que en realidad no hubiera descontentos.

Merece anotarse uno de los argumentos de Balfour, impregnado de la dialéctica suprema que se estilaba en muchos Parlamentos: la ley no obedecía a principios, sino a realidades, que debían prevalecer sobre aquellos, y que sólo eran circunstanciales, toda vez que el servicio obligatorio se mantendría únicamente mientras durase la guerra; pero, en último término, al presentar ese proyecto el Gobierno no claudicaba de sus principios favorables al voluntariado, porque en las circunstancias actuales, cuando se habían alistado voluntariamente más de tres millones de hombres y quedaba una minoría de 600,000 recalcitrantes ¿qué significaba sino el respeto a la voluntad de los más, el obligar a los menos a seguir la misma conducta?

Obligados por las uniones obreras, los ministros laboristas presentaron sus dimisiones; pero esto que tendría extremada gravedad en otros países, no es de creer que dé lugar a desagradables consecuencias; basta la amplia interpretación de la primera cláusula de excepción para acallar el descontento, si se manifestara de hecho.

Arma de política internacional la nueva ley inglesa, tal vez acalle el disgusto que cundía en Francia y se exteriorizaba en Rusia; pero si este último alarde de fuerza también fracasa, ¿a cuál otro recurrirá la Gran Bretaña? Previendo que ni los voluntarios del sistema de Lord Derby, ni los 600,000 rezagados, serán bastantes para derrotar a los imperiales, ¿trata acaso el Gobierno de Londres de abrirse

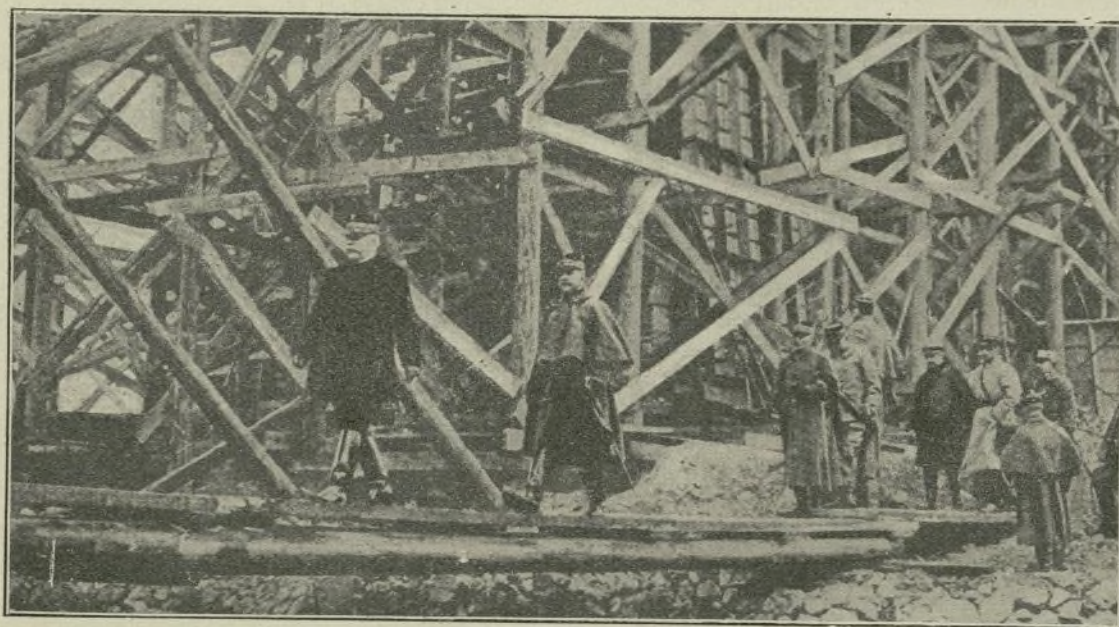
una puerta que conduzca a la paz, fundada no en el empuje del enemigo, sino en la falta de preparación o en la insuficiencia de fuerzas de la alianza? ¿Es esa ley, ante todo, una justificación de la propia posición ante los aliados, que tendrán que hacer el postrer esfuerzo antes que los nuevos reclutas ingleses estén en disposición de marchar a campaña? ¿Ha de verse en la implantación del servicio obligatorio la firme y resuelta decisión de proseguir la guerra hasta el último extremo, o es una maniobra que permitirá el día de mañana hacer lo que más convenga?

No ha de vivir mucho quien no lo vea, porque no se necesita ser profeta para saber que no terminará el presente año sin que el sol de la paz brille sobre la Europa ensangrentada, empobrecida y desolada.

F. LARIN.

Oriente sólo les ha servido para mantenerse a la defensiva en donde pusieron la planta sin que nadie se opusiera.

Impotente asimismo Inglaterra en Francia; arrojada de Gallípoli; derrotada en Mesopotamia; su escuadra desmoralizada en los Dardanelos y vencida en el Doggerbank; una buena docena de barcos de combate a pique, contra uno solo de sus enemigos; el servicio obligatorio admitido por fin; teniendo que apelar al dinero extranjero...; si esto no es impotencia, habrá de emplearse otro vocablo más desagradable. En compensación, los territorios ingleses están libres de enemigos, y el Africa Occidental alemana ha caído en las redes británicas. Ha fracasado Inglaterra en todas sus empresas verdaderamente militares, pero no padece una invasión ni ha sido vencida. No puede ganar la partida; ¿la perderá? El año 1915 no ha sido bastante claro para responder a esta pregunta; 1916 dará la solución.



El general Joffre visitando un viaducto provisional, en substitución del metálico destruido por los franceses en su retirada al Marne

1915-1916

Al finalizar el año 1915, la guerra, considerada como drama, parece obra de un autor malo; sabido es que se llama mal dramaturgo a quien no sabe preparar un desenlace imprevisto; y como la guerra es conjunto de hechos y producto de acciones, se ríe de las argucias mentales y de las habilidades de la pluma.

Comparemos la situación de las cosas en 1.º de enero de 1915 con la que tienen en la misma fecha de 1916; y comparémosla por los resultados obtenidos y no por el contenido de una prosa más o menos bella, pero que se está repitiendo con monotonía desesperante hace año y medio. Si alguien fía más en los periódicos que en la verdad, tanto peor para él.

Comienza el año 1916 con la confirmación de la impotencia de Francia; en doce meses, los franceses no han podido hacer nada de provecho; sus enemigos no han avanzado en Francia, pero han hecho cuanto les ha venido en gana en otras partes; los franceses están donde estaban, y su actividad en

Rusia ha sido vencida; de dueña de Galizia se ha trocado en despojada de sus más ricas y florecientes provincias, con una superficie igual a la de España. ¿Será posible que alguien crea sinceramente que Rusia podrá recuperar los territorios que le han sido arrebatados?

Italia, de neutral ha pasado a beligerante. Despreció lo que se le ofrecía, y a pesar de los raudales de sangre que ha derramado y de haberse arruinado, no ha conseguido adelantar un paso; donde se establecieron las líneas austro-húngaras, allí continúan. No está invadida como Francia, pero la suerte se le ha mostrado todavía más rigurosa, porque un puñado de hombres contienen a masas de más de un millón de soldados; de Francia se preocupan los alemanes; de Italia no se preocupan los austriacos.

Serbia ha corrido la misma suerte que Bélgica; la cuarta parte de Montenegro y la tercera parte de Albania, patrimonio son de búlgaros y austriacos que no llevan trazas de aflojar su presión hacia el Adriático.

Y coronando el cuadro, se destaca el desacuerdo entre los aliados, presididos por la Gran Bretaña,

sólo que unos, Francia, la obedecen dócilmente; otros, Rusia, comienzan a rebelarse; y no faltan quienes, Italia, sacuden la tutela, que encuentran demasiado pesada.

¿Puede, en justicia, registrarse un solo éxito a favor de los aliados? ¿Ha mejorado en algún concepto su situación? Una ojeada a un mapa produce una impresión desconsoladora a los partidarios del grupo de potencias que Inglaterra mueve. Si se escudriña el porvenir, el disgusto toma la forma de espanto, pero mi punto de vista es sólo retrospectivo, el único seguro.

Alemania y Austria-Hungría—es imposible separarlas; tan perfecta es su unión en todos los órdenes—se sostienen contra franceses, ingleses e italianos, han derrotado y desmembrado a Rusia, y aún les han sobrado fuerzas para sumar a sus filas a los búlgaros, conquistar Serbia y parte de Montenegro, derrotar a los anglo-franceses en Macedonia, y abrirse un paso libre hacia Oriente, con fines que ellos sabrán y a su

estocada. Como hasta ahora no ha perdido nada que la lesione gravemente, se saldrá de la guerra, sacri-cando a sus acólitos. Si, al contrario, los alemanes no consiguen vencer los obstáculos que se oponen a sus planes, Albión persistirá en su actitud guerrera más aparente que real.

Sabe Inglaterra que ella por sí sola no tendrá a raya a los alemanes y turcos; empujará, más que hasta aquí, a sus aliados, para que como avispas se lancen sobre los Imperios centrales y les disuadan de sus lejanas expediciones a Egipto y el Indostán. Rusos, franceses e italianos se desangrarán en honor y provecho de la Gran Bretaña, la cual se justifica ante sus aliados procurando convencerles de que realiza esfuerzos sobrehumanos, el servicio obligatorio entre ellos, hábil argumento que se presenta como espejuelo a Rusia y Francia, pero que sabe quien lo maneja que no ha de tener eficacia directa ninguna en las operaciones de la guerra.

Este es el gran problema que ha de resolverse en



Artillería rusa vadeando un río. (Fotografía encontrada a un oficial prisionero de los alemanes)

tiempo se pondrán de manifiesto. Su iniciativa y su voluntad campean sin trabas, imponiéndose a sus adversarios, que parecen privados de la libertad de pensamiento y acuden a donde les llaman, yendo de un lado a otro sin saber nunca lo que se proponen.

Para Bulgaria no ha habido más que éxitos, obtenidos a bajo precio. Turquía ha derrotado a los ingleses, y se ha interrumpido la era de desastres comenzada hace dos siglos; resurge militarmente y ha vuelto a ocupar una posición importante en el mundo, pero aún tiene mucho camino que recorrer para consolidar su posición y cerrar las grietas que cuartejan el Imperio.

¿Cabe sintetizar en pocas palabras la multitud de hechos memorables de que está lleno el fatídico año de 1915? Alemania, victoriosa; Inglaterra, impotente, no vencida; Rusia, Francia, Italia, relegadas a segundo término, al papel de comparsas en la lucha de los dos colosos.

¿Presenciará 1916 este duelo grandioso? Innegables son los preparativos; no bastan, empero. La lucha es tan desigual que habrá que verla para creerla.

Si Inglaterra advierte que el coloso alemán toma firme posición en el Asia Menor, no aguardará la

1916. ¿Conseguirá Inglaterra retener bajo su mano a sus tres aliados? La guerra proseguirá, más violenta y espantosa cada vez. ¿Cunde la división o el descontento en el campo de la *Entente*? La paz será inmediata. Todo se reduce a esto: que Inglaterra retenga o pierda la hegemonía. El flaco está en Rusia, en la infeliz y desventurada Rusia, a la que aguardan nuevos días de amargura, porque los imperiales golpearán en donde el daño se sienta más y acarree mayores consecuencias.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Cuestión de tragaderas

(El señor A).—Tiene *Le Temps* razón que le sobra: «La guerra no puede encontrarse bajo mejores auspicios al comenzar el nuevo año. Antes de que termine éste, será un hecho nuestra victoria final».

—¿Ahora se ha enterado V. de tales coplas? ¡Tienen un año de fecha! Lo dijo ya en enero de 1915, y debajo insertaba una profecía de madame Thésés, que ha resultado cierta en todas sus partes, salvo una

confusión de nombres: donde dijo Guillermo, debió de decir Pedro, y donde puso Francisco José debió de poner Nicolás el menor o de Montenegro. ¿Qué anuncia para este año doña Thébés? Cuando hable, será cosa de echarse a temblar; por si acaso, los alemanes han emigrado ya de su país.

(El señor A).—Es imposible que los alemanes resistan un año más de guerra. No creo que tarden mucho tiempo en rendirse, porque no pueden más.

(El señor B).—Y menos todavía, una vez decretado el servicio obligatorio en Inglaterra.

—¡Cuánto lo deseaba! ¡Cuidado que nos han dado la lata con el tal servicio! Pero tengo mis temores de que todo ello sean maniobras de las sufragistas.

(El señor B).—¡Si hace un año que no dicen esta boca es mía!

—Pero ¡querían casarse! Y ahora el porvenir es de los casados, por lo menos en Inglaterra. ¿No ha leído V. que se prohibía la salida de ciudadanos ingleses del sexo imberbe: no me atrevo a decir débil? Pues, más claro, agua. Si quieren que las mujeres no se marchen de Inglaterra, no será para el fomento de la vida monástica, ni tampoco para que aumenten las huestes de mistres Pankhurst.

(El señor B).—De todo saca V. punta, don Subrio. Hablando con formalidad, ¿qué opina V. de la ofensiva de los rusos?

—Que me recuerda la degollina de los santos Inocentes; porque inocente se necesita ser para lanzar al asalto tropas no provistas de yelmos de Mambrino.

(El señor A).—¿Qué dice V.?

—Me refiero a los cascos franceses; por no copiar en esto a los alemanes, han adoptado una forma que me recuerda el capacete de Mambrino. ¿Tienen esos cascos la doble utilidad de aquel famoso que conquistó don Quichotte?

(El señor A).—Hoy está V. incapaz, don Subrio; doblemos la hoja. ¿No tiene V. una palabra siquiera de elogio para los nuevos desembarcos de los ingleses?

—¿Cuáles? ¿Los que han realizado en defensa de la neutralidad de Bélgica, digo, de Grecia? ¡Son hechos militares de relevante mérito! Ocupan lo que está abandonado, y evacúan lo que está guardado. ¡Así andan de regocijadas la democracia y la justicia! Y no digamos el derecho, que va más recto que un palo.

(El señor B).—¿Le han dado a V. cuerda, don Subrio?

—¿Quién? ¿V. cree que sus amigos son capaces de dar nada a nadie? Todo lo quieren para ellos. Pregúnteles usted a los griegos.

(El señor B).—¿Lo dice V. por el apresamiento de los cónsules en Salónica? Nada más justo; no creo que pueda verse en tal cosa motivo de extrañeza.

—De extrañeza, no, porque estamos muy acostumbrados a esos procedimientos libertadores. Donde hay algo que apetece, se pone o se figura un oprimido, y enseguida ¡a libertarlo!, con muchos cañones y fusiles para que no caiga de nuevo bajo la tiranía. Por lo demás, me ha dado risa lo de los cónsules.

(El señor A).—Menos mal que no lo toma V. por el lado que quema.

—A la proeza de los consulados se ha dedicado

casi tanta prosa como a la batalla del Marne, pero apenas los bárbaros amenazaron con represalias, se ha anunciado que los cónsules, serían puestos en libertad. Lo mismo ocurrió con los tripulantes de los submarinos alemanes, declarados reos de crímenes vulgares por los ingleses; por cada marinero alemán tratado con rigor, entró un oficial inglés prisionero en la cárcel; a los ocho días, Inglaterra recogió velas.

(El señor B).—Demostrando que para ella lo primero es la justicia.

—¡No! Demostrando que ignora cuál es su verdadera situación. Tomamos tan a lo serio los neutrales las arrogancias literarias de los aliados, que a veces éstos creen que lo que dicen es verdad; Alemania con su rudeza les vuelve a la realidad, sin más que dirigir miradas ásperas a los millones de rusos, ingleses, etc., que se han refugiado, más o menos gustosamente, en los Imperios centrales.

(El señor B).—¿Ha leído V. la descripción de la evacuación de Suvla y Anzac? ¡Fué admirable! Honraría al ejército más reputado del mundo.

—Por eso están tan satisfechos los ingleses: se han puesto a la misma altura que los rusos, aquellos maestros insuperables en las retiradas. ¡Ahí es nada! ¡Escapar de los parajes donde a diario les molían las costillas! ¿Habrás visto mayor mérito? Lo único que deja que desear es que sin lo de las costillas no habría sido necesaria la evacuación. ¡Y el buen Townshend, en Mesopotamia, haciendo la competencia al buen Birdwood, en Gallipoli! Antes, en Inglaterra se decían: garrotazo y tente tieso; ahora, exclaman: ¡cuatro palitos, y a casa!

(El señor A).—Da gusto hablar con V. por lo volcánico de su imaginación.

—Para volcánicos los *Tiempos*: el de París es el colmo, porque a su condición de volcánico reúne la de ser un fresco, excelente rapador de los pelos de sus lectores. Y como todo se pega menos lo bonito, su colega de Londres hace sus pinitos queriendo emularle.

(El señor B).—¿Y el *Vremia* ruso?

—No le dejan resollar; para trato paternal el de aquel país.

(El señor B).—¿De dónde ha sacado V. que el *Times*...?

—Va V. a oírlo. En su resumen del año 1915, que tantos hechos gloriosos ha registrado para los aliados, dice así: «Nuestras flotas se han paseado por los mares; hemos multiplicado grandes ejércitos; instruido, equipado y armado a esos ejércitos durante la guerra; los hemos movido a través del canal y de los océanos a nuestro antojo; los hemos abastecido con holgura, y, al mismo tiempo, prestado nuestro apoyo a los aliados en dinero, en armas, en municiones, y en muchos menesteres que necesitaban».

(El señor A).—¡Protesto! ¿Qué municiones, ni qué armas, ni qué ocho cuartos han prestado a Francia?

(El señor B).—¿Y el ejército? ¿No han enviado a Francia un poderoso ejército?

—No discutan ustedes; aquellas palabras son una mera cuestión de prosodia; queda el párrafo más redondeado y suena mejor. Sigo leyendo; no se desmaye usted, señor B.: «Hemos cargado con una pesadumbre financiera tan colosal (así, colosal, como

si el *Times* hubiese estudiado en Berlín), que sólo las personas peritas pueden comprender todo su peso, y nos estamos sometiendo con alegría a los tributos más grandes que se nos han impuesto nunca desde la lucha con Napoleón. A despecho de estos esfuerzos y a despecho del valor indomable y de la tenaz abnegación de nuestras tropas, ninguna señal de triunfo ha favorecido a nuestras armas. En el frente occidental estamos casi donde estábamos hace doce meses. Hemos abandonado la tentativa de forzar los Dardanelos, que nos ha costado tanta sangre y dinero. Una forzosa retirada ha sido la última fase de nuestra campaña en Mesopotamia, que comenzó y prosiguió con tantas promesas. En Salónica nos mantenemos a la defensiva, y los objetivos que originariamente nos llevaron allí no fueron alcanzados. Sólo en el mar y en las colonias enemigas al otro lado del mar, podemos clamar victoria. Nuestros aliados del frente occidental y de la frontera italiana no han sido más afortunados, mientras que todas las proezas de los rusos y de los serbios no les han salvado de la invasión y del desastre».

(El señor B).—Es demasiado pesimista este cuadro.

(El señor A).—Yo lo siento por el Gran Duque.

—Y yo por Annunzio. ¡Vaya un anunciante que nos ha resultado el amigo! Continúa: «El año que ha presenciado tan insuperables esfuerzos por parte de nuestros aliados y nuestra, seguidos de tan pequeños frutos aparentes, ha sido por necesidad una época de preocupación, de ansiedad, de depresión y de desengaño. Una y otra vez hemos alimentado esperanzas en un éxito decisivo; una y otra vez se han desvanecido nuestras esperanzas».

(El señor B).—¿Es posible que se expresen así, en letras de molde, los ingleses? Siquiera por respeto a los neutrales debieran de ser más reservados. ¡Me han echado encima un jarro de agua fría!

—¡Animo, señor B, y eche V. las campanas al vuelo! No las de Polonia, que las desmontaron los rusos, ni las de Francia, que la libertad prohíbe tocarlas; ni las de Venecia, cubiertas con telas, para que no las vean los austriacos. El caso es que sueñen, aunque no se sepa dónde. ¿Qué deduce V. de lo que he leído?

(El señor B).—¿Me lo pregunta V? Le creía más compasivo, y quiere V. remover el hierro en la herida. ¿Vamos a dar un paseo?

—¡No sea V. impresionable, hombre candoroso! Oiga V. los párrafos finales: «Tenemos la fuerza y el deseo de emplearla. Sabemos que nuestros recursos son inmensos; que nuestros aliados son fieles y fuertes; y, por encima de todo, que la querella es justa y nuestra Inglaterra es siempre el baluarte de la causa de los hombres». (Estos hombres no son griegos). «Por esta causa combatiremos hasta el fin, y en esta causa tenemos completa fe para triunfar». ¿Qué tal?

(El señor A).—¿Nada más? ¡He tenido una decepción!

—Pues ¡qué! ¿quería V. más? A un lado del canal cubren, cuando pueden, las apariencias; al otro lado, son más inocentes: «Hace año y medio que no cesamos de aguantar mecha o de correr; por consiguiendo, tenemos segura la victoria final». ¡Es cuestión de tragaderas!

LA BATALLA NAVAL DEL DOGGERBANK

(Conclusión)

Los cinco cruceros de batalla ingleses forzaron la marcha, y aprovechándose de su mayor velocidad nos dieron caza en un recorrido de 40 millas, consiguiendo acortar la distancia hasta el mayor alcance de las piezas de gran calibre, mientras que los cruceros alemanes, supeditados al *Blücher*, no podían hacer más de 23 nudos. Cerca de las nueve de la mañana, disparó el *Lion* el primer cañonazo, a la prodigiosa distancia de 18 kilómetros. Las dos líneas de batalla corrían paralelas entre sí y se aproximaron un poco más, aunque sin acercarse a menos de 14 kilómetros y medio. Poseyendo barcos más veloces, estaba al arbitrio del almirante inglés el acercarse más todavía, pero ello hubiera permitido entrar en acción a la artillería alemana de mediano calibre, y bien claramente se advirtió que el enemigo sólo quería hacer uso de los grandes cañones, más potentes y numerosos que los nuestros. Si el almirante Beatty se hubiera propuesto librar una batalla decisiva, de destrucción, habría utilizado la velocidad de sus cruceros para cortar el camino a los nuestros e impedirles llegar a Helgoland, dando tiempo a que su escuadra de reserva entrara en línea. Si no ejecutó esta maniobra por temor a nuestra artillería de mediano calibre, bien a las claras demostró el respeto que inspiraba a la reina de los mares nuestra joven marina. Ninguna batalla naval de la presente guerra se ha sostenido a tan gran distancia como la del Doggerbank, y ello patentiza que sólo pueden tomar parte en esos encuentros los barcos más perfectos, potentes y modernos, y que los de tipo anticuado no tardarían en ser destruidos.

Los barcos alemanes, que apenas contestaron al principio, rompieron el fuego cuando la distancia bajó de 18 kilómetros, y nuestros apuntadores hicieron mejores blancos que los del adversario. Los cruceros alemanes cambiaron algunas veces el rumbo, para favorecer el fuego de los cañones, de modo que se pudieran disparar andanadas laterales contra los barcos ingleses, cuyo tiro estaba limitado al de proa. El fuego duró en total unas tres horas y media, lo cual no habla muy en favor de los ingleses, toda vez que en este tiempo—abstracción hecha del *Blücher*, que se había quedado rezagado—los barcos alemanes sólo fueron tocados tres veces.

El *Blücher* no pudo resistir mucho tiempo la caza de que era objeto. El crucero se iba quedando más atrás por momentos, y fué atacado por el *Lion*, que al pasar a su lado le disparó una andanada, sin detenerse, sino apresurando aún más su marcha. El *Tiger*, y los cruceros que le seguían, hicieron lo mismo, y el *Indomitable*, que no podía medirse con nuestros grandes cruceros de batalla, se dedicó a batir al *Blücher*. A consecuencia de tan violento fuego, las máquinas del *Blücher* quedaron muy averiadas y dejaron de funcionar. El desgraciado barco, inmóvil en el mar, se convirtió en un fácil blanco para los cañones enemigos, pero no interrumpió su tiro. No podía haber duda acerca de su suerte. Una flotilla de destroyers ingleses avanzó al ataque, pero la rechazó con su fuego. El pequeño crucero estaba cada vez en peor estado; no obstante, uno de los destroyers

SUBRIO ESCÁPULA



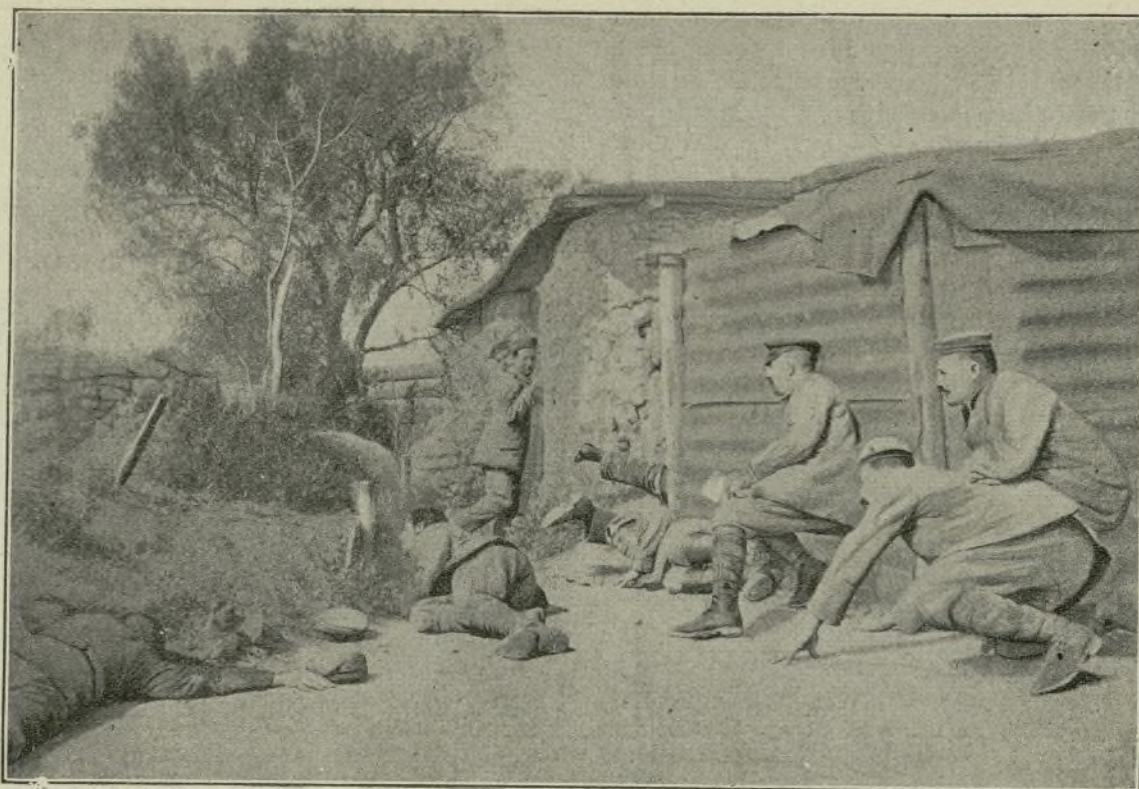
Después de la última ofensiva francesa: Un grupo de prisioneros franceses pasando por un suburbio de Lille

recibió una descarga en medio del casco. Se vió volar por los aires ese barco, dividido en dos pedazos, surgir del mar una gran columna de agua, y una humareda espesa de gran altura, debida a la explosión de las calderas. El *Blücher*, a su vez, estaba envuelto en una masa de fuego que le caía encima, de todos lados. La existencia a bordo debía de parecer la de un infierno. El puente brillaba por los incendios de a bordo, pero el crucero se batía siempre y se coronaba de gloria, devolviendo, disparo a disparo, las granadas que recibía (el *New Zealand* sumaba sus esfuerzos a los del *Indomitable*). También

se defendía con sus torpedos, uno de los cuales pasó junto a la proa del *Indomitable*. A pesar de esta heroica resistencia, la situación empeoraba. Grupos enteros de sirvientes de las piezas habían sido barriados por el fuego enemigo, y no pocos hombres estaban fuera de combate en otros puntos. Una descarga de granadas dió en el barco, y este quedó envuelto entre llamas. Se ignora qué parte del crucero fué la que se incendió, pero lo cierto es que las llamas subieron hasta el puente y no se pudo dominar el incendio. El *Blücher*, a consecuencia del fuego y de la explosión de sus calderas, casi desaparecía envuelto



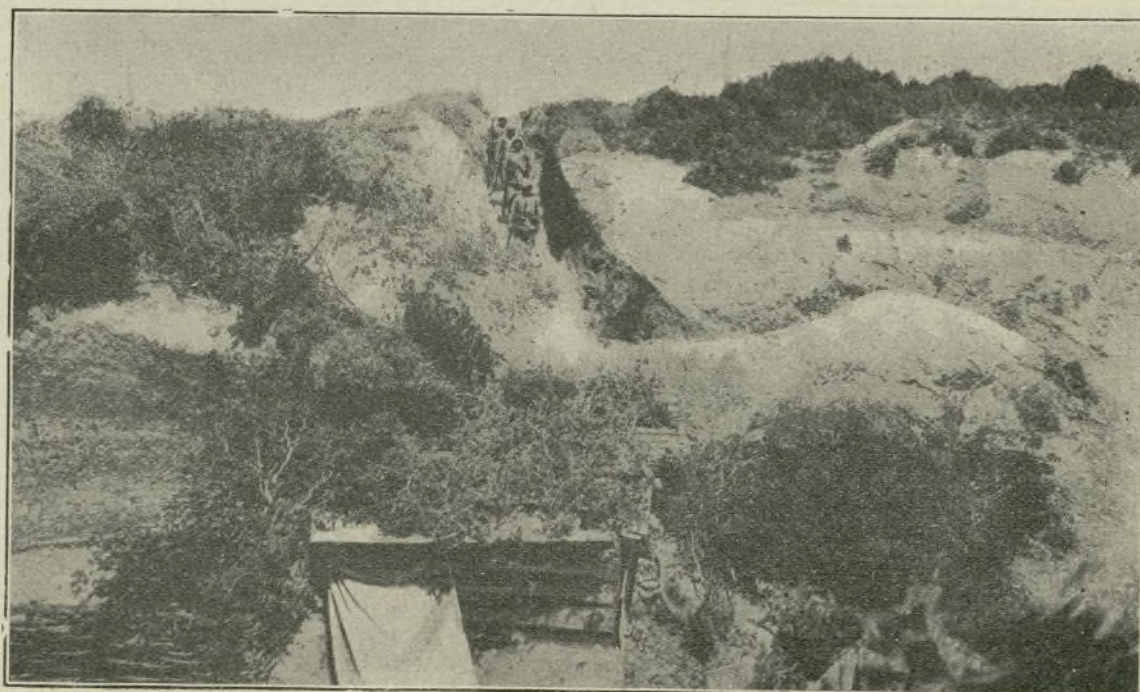
Desfile de prisioneros italianos capturados en uno de los ataques al monte San Miguel (Goritzia)



Curiosa instantánea: un grupo de soldados al oír la llegada de un proyectil de grueso calibre, se echan al suelo o buscan protección detrás de los muros

en densa humareda, aunque no dejaba de sostener el combate con algunos de sus cañones. Un segundo ataque de los torpederos fué rechazado como el primero, yéndose al fondo del mar otro destroy inglés. Todo era inútil, porque el *Blücher* hacía agua por varios impactos junto a la línea de flotación, y casi todas sus piezas estaban fuera de servicio. Entonces, el comodoro Tyrwhit, a bordo del *Arethusa*, llevó sus torpederos al ataque, por tercera vez, y las pequeñas unidades cayeron como perros de presa sobre el barco alemán. El fuego, ya débil, del *Blücher*, puso fuera de combate al destroy *Meteor*,

pero el *Arethusa* consiguió acercarse lo bastante para asestarle el golpe de gracia: un torpedo le alcanzó bajo la línea de flotación, y otro, disparado enseguida, lo echó a pique, poniendo término a la heroica defensa del *Blücher*. La tripulación, con estóica tranquilidad, y en la posición del saludo militar, se mantuvo hasta el último momento en el moribundo crucero. A las doce y treinta y siete minutos desapareció el crucero bajo las aguas, y la tripulación, con chalecos y cinturones salvavidas, se arrojó al mar. 200 de aquellos bravos fueron recogidos por los caza-torpederos ingleses, figurando entre los salva-



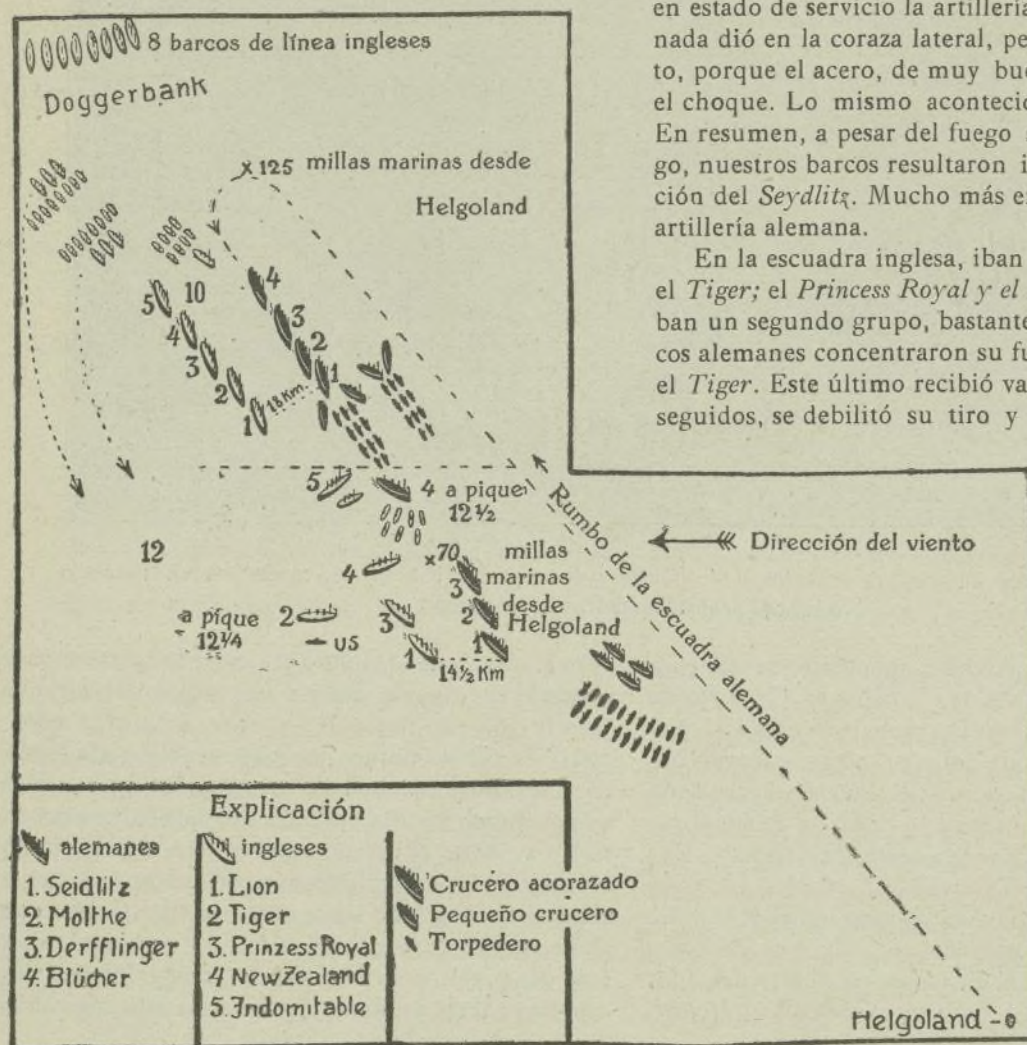
Trincheras turcas en Gallípoli
Ayuntamiento de Madrid

dos el capitán Erdmann, director de nuestra Escuela de ensayos de artillería, que hubo de ser conducido al hospital, porque el hundimiento de su amado crucero le produjo una grave excitación nerviosa. Por una trágica ironía del destino, cien años después de la batalla de Waterloo, en la cual Lord Wellington estuvo aguardando con tanta impaciencia al mariscal Blücher, que le llevaba la salvación, el crucero *Blücher* era echado a pique por el fuego concentrado

ban a más de 60 metros de altura. Se había levantado el viento del E. y el humo de muchas chimeneas, el de los disparos y las nubes de espuma, se interponían entre las dos líneas combatientes, dificultando la observación del tiro y la vista de los barcos. Tres cuartos de hora después de iniciado el combate, el *Seydlitz* recibió una granada en la torre de popa, que mató varios hombres. La avería no fué de extraordinaria importancia, y todavía quedó en estado de servicio la artillería de popa. Otra granada dió en la coraza lateral, pero no produjo efecto, porque el acero, de muy buena calidad, resistió el choque. Lo mismo aconteció en el *Derfflinger*. En resumen, a pesar del fuego superior del enemigo, nuestros barcos resultaron intactos, con excepción del *Seydlitz*. Mucho más eficaz fué el tiro de la artillería alemana.

En la escuadra inglesa, iban en cabeza el *Lion* y el *Tiger*; el *Princess Royal* y el *New Zealand* formaban un segundo grupo, bastante más atrás. Los barcos alemanes concentraron su fuego sobre el *Lion* y el *Tiger*. Este último recibió varios proyectiles casi seguidos, se debilitó su tiro y pronto su proa fué

presa de las llamas, y, en mal estado, tuvo que abandonar el crucero su puesto de combate. Se incorporó entonces el *Princess Royal* y formó con el *Lion* el grupo avanzado. La situación en el *Lion* no tardó en hacerse crítica; a mediodía se mantenía a duras penas en la línea de combate; primero se derrumbó uno de sus mástiles, después una chime-



de los ingleses, en la primera gran batalla del mar del Norte.

Por trágico que fuera el hundimiento del *Blücher* y por sensible que resultara a todos los corazones alemanes la pérdida de aquel hermoso barco, ello no fué más que un episodio de la batalla, que seguía vivamente empeñada por las dos escuadras, navegando velozmente proa al Sur. El combate no cesó hasta la distancia de unas 80 millas de Helgoland; el primer auxilio que recibieron nuestros cruceros fué el de un dirigible de la marina, que apareció sobre el lugar de la lucha a tiempo de presenciar el hundimiento del *Tiger*, hecho que, como es notorio, han negado los ingleses. La impresión que hubiera experimentado un observador imparcial que hubiese presenciado la escena, seguramente fuera grandiosa: descarga tras descarga, andanada tras andanada, conmovían el tranquilo mar; a menudo, uno de los barcos se ocultaba entre el humo de la pólvora, que parecía querer ascender al cielo, otro aparecía envuelto en llamas; columnas de agua, producidas por la caída de los proyectiles, se eleva-

nea, las máquinas funcionaron mal, estallaron los incendios a bordo, se inutilizó la torre de proa, y el barco escoró, porque un proyectil le había alcanzado bajo la línea de flotación. Por fin, el *Lion* se salió de la línea. Inmediatamente le rodeó una cortina de torpederos. El almirante Beatty abandonó el barco, y a bordo de un destructor se trasladó al *Princess Royal*, donde arboló su insignia. Este último barco recibió también un proyectil de gran calibre en el costado. En aquel momento, el enemigo estaba muy quebrantado y su línea de batalla rota y en dispersión. Por desgracia, el almirante alemán no pudo darse cuenta, desde su torre de mando, de lo favorable que se desenvolvía la batalla, porque todos los barcos estaban ocultos por el humo, y a pesar de la penetrante vista de los marineros era imposible apreciar exactamente la situación, dada la gran distancia que separaba a las dos escuadras. Cuando, finalmente, el dirigible dió noticias exactas, era ya demasiado tarde, porque el almirante Beatty había virado en redondo con todos sus barcos, dirigiéndose al N., en busca de sus puertos. El

Lion fué llevado a remolque por el *Indomitable*. Entre tanto, el *Tiger* vengó la pérdida de nuestro *Blücher*. Uno de nuestros torpederos le atacó súbitamente, cuando ya se encontraba fuertemente averiado, y a una distancia eficaz le disparó dos torpedos que casi instantáneamente echaron a pique al crucero. Desde la torre de mando del *Moltke* se observó perfectamente este suceso, y el capitán telefoneó enseguida la alegre noticia a las baterías y puentes. Un marinero cogió el violín y tocó «La guardia en el Rhin», brotando de las secas gargantas de los demás, sonoros gritos de júbilo.

Fácil es resumir las pérdidas de ambas escuadras en esta batalla naval. Del lado inglés: un crucero de batalla moderno, de 30,000 toneladas, a pique; dos cruceros de batalla modernos, con graves averías; un crucero de batalla, con ligeras averías; dos pequeños cruceros con averías; tres destroyers a pique; un destroyer con graves averías. Del lado ale-

mán: un viejo crucero de batalla de 16,000 toneladas, a pique; un crucero de batalla moderno, con averías; un pequeño crucero, con ligeras averías. Limitando la comparación a los barcos hundidos y admitiendo que el tonelaje medio de los destroyers fuera de 1,000 toneladas, la pérdida de la flota inglesa fué más del doble que la alemana, o sea 33,000 toneladas. El coste del *Tiger* fué de 80 millones de marcos y el del *Blücher* de 36 millones. Según los cálculos de personas peritas, el coste de los disparos de la escuadra inglesa ascendió a 22,628 millones de marcos, y el de los hechos por la alemana a 12,744 millones. No obstante, los ingleses se atribuyeron una gran victoria. Inmediatamente, se ocultaron en Londres las bajas y las pérdidas, y la verdad se ha ido sabiendo poco a poco y gota a gota.

DR. KURT FLÖRICKE

(De *Der Krieg*)

CRÓNICA MILITAR

I. Defectos de la organización militar inglesa.—II. Las operaciones de los ingleses en Gallípoli.—III. El mando supremo y las operaciones en Gallípoli.—IV. La paralización de la ofensiva alemana y las futuras operaciones.—V. La situación el 18 de enero de 1916

I.—Defectos de la organización militar inglesa

Según datos que pueden reputarse exactos, tiene Inglaterra setenta divisiones de infantería en campaña, sin contar los contingentes de las colonias y dominios, lo cual da un total aproximado de 840,000 infantes y otros 360,000 de las demás armas, o sea 1.200,000 hombres, cifra que se eleva a 1.500,000 incluyendo las tropas indostánicas, canadienses, australianas, etc. Sin embargo, los números expresados no dan idea de la realidad. En la Cámara de los Comunes se ha dicho hace pocos días que tres divisiones inglesas de las que operan en Oriente, cuyo efectivo debió de ser de 36,000 hombres, sólo sumaban 11,000, y esta situación se prolongó algún tiempo, por no llegar refuerzos de la metrópoli. Otra división del teatro occidental, quedó reducida, también durante un largo período, a 4,600 hombres. Estos detalles típicos dan a conocer la inferioridad militar de la Gran Bretaña, que está tocando ahora las consecuencias del descuido tradicional en que tuvo a sus fuerzas militares de tierra.

Aguijoneada por la necesidad, Inglaterra tuvo que improvisar un ejército, porque el existente al estallar la guerra quedó poco menos que disuelto en los dos primeros meses de operaciones. Organizó batallones y regimientos, formó con ellos brigadas y divisiones y los despachó a los diferentes teatros; pero como no había base, como se carecía de cuadros y depósitos de reserva, faltó el instrumento encargado de nutrir mecánicamente a las unidades expedicionarias y reponer sus bajas. Resultó de esto, primero, que muchos cuerpos estuvieron semanas y meses con efectivos inferiores a los normales, y, después, que cuando ya muy debilitados recibían por fin los hombres que necesitaban, éstos eran tantos que de hecho se formaba una nueva unidad, bisoña,

sin experiencia, ni práctica de la guerra. Las bajas en oficiales, espantosas, sin relación con las de tropa, aumentaban los perjuicios de esa falta de preparación.

La eficiencia de una unidad cualquiera depende en gran parte del *encuadramiento* de sus unidades. Una compañía de 150 ó 200 hombres puede recibir, sin que padezca su capacidad combatiente, 50 ó 100 nuevos soldados, que quedan entonces bien *encuadrados*: participan de las cualidades de la masa, a la que llevan nueva savia y un cierto espíritu, muy conveniente, de inconsciencia ante el peligro, y reciben a su vez de sus camaradas la experiencia militar, de suerte que no se menoscaba la cohesión del conjunto. Pero si la compañía se ha reducido a un centenar de hombres y a la tercera parte el número de sus oficiales, al devolverle el efectivo normal se forma una unidad nueva, desconocida, de la que el mando no sabe lo que puede esperar. El ejército entonces se encuentra en perpétua transformación, no deja nunca de ser bisoño y no puede medirse dignamente con un adversario mejor organizado y que observa puntualmente las reglas, harto conocidas, de la nutrición de las unidades.

Todo el secreto consiste en llenar las bajas a medida que se producen, de suerte que siempre preponderen los elementos presentes, los viejos, sobre los recientemente incorporados, para que éstos se encuadren; de lo contrario, tiene lugar inevitablemente lo que está aconteciendo a los ingleses: el *desencuadramiento* de los soldados veteranos. Para que esa nutrición metódica, constante y oportuna pueda tener lugar, es menester que cada cuerpo tenga en el país una representación de su seno—el nombre es lo de menos—normalmente organizado y en funciones, sucediendo a menudo que tales representaciones tienen dispuestos depósitos detrás de los frentes de batalla, para que el reemplazo de las bajas se haga sin pérdida de tiempo. En Inglaterra esta labor re-

cae, para los más de los cuerpos, en el Ministerio de la Guerra, que es materialmente imposible la des-
empeñe en términos satisfactorios y, sobre todo, con
oportunidad.

Cuando la movilización eleva los efectivos del
pie de paz al de guerra, duplicándolos o casi tripli-
cándolos, los inconvenientes mencionados no se
presentan, porque las clases incorporadas a los cuer-
pos son las de los últimos licenciamientos, y quedan
encuadradas desde el primer momento, por ser co-
nocidas de los oficiales y no pocos soldados, y no
haberse debilitado aún sus hábitos militares. Los pe-
ligros aparecen al quedar diezmadas las unidades
por el hierro y las enfermedades.

A igualdad de bajas y suponiendo que los méto-
dos para reemplazarlas fueran iguales, el ejército in-
glés, por su especial organización, se encontraría
también en peores condiciones que los demás. Se
tenía en aquel país el prurito de que cada unidad
orgánica contase con especialistas de todas clases, de
modo que pudiera bastarse a sí misma en casi todas
las circunstancias: precaución muy acertada toman-
do en consideración las guerras coloniales, donde
sólo operan pocas fuerzas, pero completamente in-
útil, y aun viciosa, en una gran guerra, que pone
los unos al lado de los otros los diferentes servicios,
para que se completen y obren con perfecta unidad.

En cada batallón inglés se cuentan no menos de
180 especialistas, entre telefonistas, señaladores, ci-
clistas, cocineros, etc., reduciéndose el número efec-
tivo de bayonetas a unas 800, en vez de 1.000. Esos
especialistas suelen ser, por la índole de las funcio-
nes que desempeñan, los menos expuestos al peligro,
y por consiguiente casi todas las bajas recaen sobre
los demás, de donde se deduce que la pérdida de 200
hombres supone un cuarto en un batallón inglés, y
sólo un quinto en un batallón alemán. El general
Kuropatkin dijo, comentando las enseñanzas de la
guerra de Manchuria, que para poner 1.000 bayo-
netas en acción debía de tener un batallón ruso
1.400 hombres, refiriéndose a las corruptelas que
había en aquel ejército. De la misma manera podría
decirse que para que un batallón inglés pudiera ba-
tirse en igualdad de condiciones numéricas con otro
alemán, el primero no debiera de tener menos de
1.200 hombres, por 1.050 el segundo.

Véase, pues, la trascendencia que tienen en los
campos de batalla los simples detalles, al parecer sin
importancia, de la organización militar normal y
de la preparación para el tiempo de guerra.

II.—Las operaciones de los ingleses en Gallipoli

Se ha hecho público el parte oficial del general
Sir Ian Hamilton, Comandante en jefe del ejército
británico en Gallipoli, sobre las operaciones que tu-
vieron lugar desde las batallas de primeros de mayo
a la evacuación de principios de diciembre. Es ex-
tensísimo y detallado, y de él se deducen provecho-
sas enseñanzas, porque se dejan al descubierto los
grandes errores cometidos. Su lectura produce una
impresión dolorosísima, y sería cruel dar un amplio
extracto del documento, que habrá de ser muy con-
sultado en lo porvenir siempre que se planeen ope-
raciones de aquella clase.

Después del fracaso de mayo, el general Hamil-
ton pidió se le enviaran refuerzos con urgencia, y
expuso su opinión sobre los cuatro planes que po-
dían adoptarse: 1.º empleo de todas las fuerzas en el
extremo S. de la Península; 2.º desembarco en la
costa asiática seguido de una marcha sobre Chanak;
3.º desembarco en Enos o Ibriye, para apoderarse
del istmo de Bulair; 4.º refuerzo de los australianos
y neo-zelandeses (en Anzac), combinado con un
desembarco en la bahía Suvla.

El general se mostró contrario al primer plan,
por lo reducido de la superficie, que limitaba el nú-
mero de tropas a emplear; porque el monte Achi
Baba estaba fortificado de tal modo, que aunque se
le flanquease por el O., la parte central resistiría e
impediría el avance; y porque si se atacaba un poco
más al N., la columna se exponería a un fuego cru-
zado y de flanco que la destruiría fatalmente.

El desembarco en el litoral asiático—en gran
parte atrincherado—hubo de ser desechado, porque
ni aun con los refuerzos anunciados se dispondría
de las fuerzas necesarias para intentarlo, y los tur-
cos, sin más que cruzar el estrecho, acudirían donde
se sintieran más amenazados.

El ataque al istmo de Bulair implicaba, a jui-
cio del almirante de Robeck, dificultades casi insu-
perables, a causa de la presencia de los subma-
rinos alemanes y de lo largo de las rutas marítimas;
ya por temor a los submarinos se había tenido
que ordenar la limitación de los desembarcos y
transportes a las horas de la noche. Además, la toma
de Bulair no implicaba la apertura del estrecho,
toda vez que los defensores de Gallipoli seguirían
resistiendo, enlazados con Constantinopla por el li-
toral asiático y el paso desde Chanak a Kilid Bahr,
donde el estrecho mide menos de dos kilómetros de
anchura.

Por exclusión, resultaba lo mejor el ataque desde
Suvla y Anzac, siendo el objetivo el monte Sari-
Bair, de 305 metros de altura, que es el dominante
de toda la península, y cuya posesión permitiría ata-
car con eficacia los fuertes y baterías turcos del es-
trecho, desde Maidos al Sur. Para que el desembar-
co en Suvla tuviera éxito, era menester esperar que
la luna fuese nueva, y como esto sólo ocurre una
vez al mes, se fijó el desembarco para los primeros
días (el 6) de agosto. Entre tanto, convenía mante-
ner vivos los combates en Anzac y el cabo Helles,
con objeto de vigorizar el espíritu de las tropas, ga-
nar terreno, y evitar que la atención de los turcos se
apartara de ambos puntos.

Describe sir Hamilton, a continuación, las bata-
llas del 12 y 13 de julio en el extremo S. de la pe-
nínsula. Ingleses y franceses avanzaron algunos cen-
tenares de metros, a costa de grandes pérdidas, pero
la falta de enlace y de la acción del mando—falta
que el general atribuye a la ruptura de los conduc-
tores telefónicos por la artillería turca, hecho que se
presenta siempre en todas las batallas,—el excesivo
ardor de algunas unidades, y el tiro de la artillería
francesa, que batió a algunas fracciones inglesas que
se adelantaron demasiado, condujeron a la desarti-
culación de la línea, se perdió la unidad, sobrevino
la confusión, y al contraatacar los turcos hubo que
ceder casi todo el terreno ganado.

Ultimados los preparativos para el desembarco

en Suvla, el 6 de agosto empezó una fuerte ofensiva en Anzac y Helles. El general Hamilton dirigió todas las operaciones desde su Cuartel General de Imbros, distante 45 minutos de Helles, 40 de Anzac y 50 de Suvla; tenía consigo dos divisiones, como reserva. Previamente, se habían efectuado varias «diversiones estratégicas y tácticas», que dieron el resultado apetecido, porque efectivamente, Suvla estaba indefensa.

En el cabo Helles, la batalla, terrible y empeñadísima, fué un nuevo fracaso, que el general reconoce noblemente. En Anzac, los combates, durísimos, se prolongaron varios días, con medianos resultados; algunas trincheras cayeron en manos de los australianos e ingleses, pero la posición principal se mantuvo sólidamente. Para dar una idea de lo sangriento de estas acciones, bastará consignar que de los 10,500 hombres con que la 13ª división entró en tuego, quedaron fuera de combate 6,000. El 10 de agosto sobrevino el contraataque turco, que arrancó

chazados con gran dificultad y muy fuertes pérdidas.»

«Grandes fuerzas enemigas (al S. O. de la cumbre dominante) se arrojaron hacia la granja y las estribaciones del N. E., donde se desarrolló un combate tan mortífero, que puede considerarse como el culminante de esta batalla de cuatro días. Nuestra línea fué rota en varios puntos y las tropas precipitadas por la ladera abajo. A los pies de la altura, los soldados fueron reunidos por el capitán de Estado Mayor Street, que estaba vigilando el transporte de un convoy de víveres y agua. Sin pronunciar una palabra, sin vacilar, le siguieron hasta la granja, donde se encontraron metidos en aquella serie de luchas en las que los generales peleaban en las filas y los soldados arrojaban sus armas científicas y se agarraban los unos a los otros por la garganta. Es imposible describir una batalla tan desesperada. Los turcos atacaron una y otra vez, combatiendo magníficamente e invocando el nombre de Dios. Nuestros



Tropas búlgaras en una trinchera

a los ingleses dos pequeñas alturas que habían momentáneamente conquistado, y los arrojó de nuevo a la costa. He aquí los términos con que el general Hamilton describe esta fase final, en la que se cubrieron de gloria tanto los turcos como los ingleses, australianos y neo-zelandeses:

«Al amanecer el 10 de agosto, los turcos ejecutaron un grande ataque desde la línea Chunuk-Batzir Q (al O. de la cumbre dominante) contra estos dos batallones, ya debilitados en número, aunque no en espíritu, por los combates anteriores. Nuestros hombres fueron batidos por todos los cañones del enemigo y, a las cinco y media, cayó sobre ellos una enorme columna, compuesta por toda una división más un regimiento de tres batallones. Los hombres del N. de Lancashire fueron simplemente aplastados en sus profundas trincheras por el peso del número, mientras que los Wilts, que fueron acometidos al descubierto, quedaron casi literalmente aniquilados. La masa del enemigo se derramó sobre la costa, envolvió el flanco derecho de nuestra línea más abajo, rodeó a los Hampshires y a la columna del general Baldwin, que tuvo que retroceder, y sólo fueron re-

hombres, impávidos, mantuvieron, por sus múltiples actos de bravura, las viejas tradiciones de su raza. Nadie cedió. Allí murieron en las filas, donde estaban.

»Allí los generales Cayley, Baldwin y Cooper y todos sus bravos soldados conquistaron gloria inmarcesible. Sobre aquel campo ensangrentado, cayó el general Baldwin, que ganó sus primeros laureles en el Campo de César, de Ladysmith. Allí cayó también, mortalmente herido, el general Cooper; y allí, asimismo, el teniente coronel M. H. Nunn, jefe del 9.º Regimiento de Worcestershire; el teniente coronel H. G. Levinge, jefe del 6.º Regimiento Leal Lancashire del Norte, y el teniente coronel J. Carden, comandante del 5.º Regimiento de Wiltshire».

«Llega ahora la parte más triste de la descripción: las operaciones en Suvla. Se habían extremado las precauciones para que el desembarco y los ataques subsiguientes tuvieran pleno éxito. 4650 mulas estaban destinadas a los transportes de agua en Anzac y Suvla. El desembarco se realizó felizmente, en la noche del 6 de agosto, de un modo casi matemático. Los turcos, sorprendidos, y teniendo que hacer fren-

te a los ataques en Helles y Anzac, sólo tenían delante de Suvla unos 4.000 hombres, de suerte que los primeros avances se hicieron sin grandes tropiezos. Pero apenas en tierra las tropas expedicionarias, se manifestó el desconcierto; no se organizaron los abastecimientos, no se señaló a las tropas el objetivo que debían proponerse, y al día siguiente, a pesar de que los turcos se batían en retirada, con los apremios de la sed y la falta de plan, estalló la discordia entre los generales, cundió en el alto mando la vacilación, y los jefes de las divisiones se resistieron a avanzar. El general Hamilton describe paso a paso este capítulo lamentable que tan mal parados deja a los jefes de las fuerzas expedicionarias, jefes cuyos nombres cita; ¡con cuánta amargura escribe: «El único error fatal era la inercia, y la inercia prevaleció!». Conocedor de lo que acontecía, Sir Hamilton se trasladó, el 8 de agosto a Suvla; ni su presencia bastó a mejorar la situación, ni pudo imponerse a aquellos generales; únicamente consiguió que una brigada se dispusiera para el ataque, el día 9, pero ya los turcos habían llamado a sus reservas, y el plan, como siempre, abortó, pese a los prodigios de valor que luego realizaron las tropas: regimiento hubo que perdió todos sus oficiales. Son verdaderamente patéticos los párrafos—que por su mucha extensión no puedo transcribir—en que el general Hamilton demuestra que el remedio a la falta de agua y a lo inseguro de la posición se encontraba exclusivamente en un ataque resuelto, en apoderarse del terreno enemigo. Involuntariamente, acude a la memoria el recuerdo de algunos gloriosos caudillos españoles. Después, continuos cambios en el alto mando, ataques y ataques, siempre rechazados, hasta que en octubre se acordó en principio la total evacuación de Gallipoli.

La última parte del despacho es una verdadera recapitulación de errores; ¿a qué mencionarlos, cuando no son de interés para los neutrales?

La síntesis de este amargo pasaje de la historia militar de Inglaterra es que ni el mando ni las tropas estaban preparadas para la guerra. Individualmente, todos hicieron espléndidos alardes de valor, que en ocasiones rayó con lo sublime. Insuficiencia de tropas en los momentos psicológicos, deplorable organización de los abastecimientos y refuerzos, ataques frontales y en líneas densas, carencia de enlace... en una palabra, todo reveló que aquél era un ejército improvisado, sin conocimientos ni práctica de la guerra; y con un ejército de esta clase se puede morir con honor y gloria, pero no se puede triunfar.

III.—El mando supremo y las operaciones en Gallipoli

Hay todavía otro aspecto interesante en el relato de Sir Ian Hamilton. En algunos pasajes de su escrito se duele de que no se le enviaran en absoluto o se le mandaran tarde los refuerzos que había pedido y con cuya ayuda creía indudable el éxito, y en otros, al referirse a las operaciones en el cabo Helles, da a comprender que el acuerdo con los franceses distó mucho de llegar a la unidad de pensamiento y de ejecución.

El parte pone de manifiesto que en una empresa que interesaba a franceses e ingleses, los primeros limitaron su acción al extremo S. de la Península, y

los segundos obraron con entera libertad y como tuvieron por conveniente en los demás puntos de Gallipoli. Pero como la finalidad de todas las operaciones era única, claro es que había de resentirse de esa disparidad de planes y de acción. De la misma manera, en el campo de batalla cada ejército se reservó una zona—igual está aconteciendo en Francia—, y cuando las últimas reservas inglesas fueron empeñadas sin lograr el éxito apetecido, fué imposible resistir el contraataque de los turcos, cedió la línea inglesa, y hubo de ceder también la francesa.

Mal ideada, insuficientemente preparada, esta desgraciada empresa de los Dardanelos, que constituye el mayor descalabro moral que en año y medio han padecido los aliados, terminó desastrosamente, ante todo, por la mala organización y el equivocado funcionamiento del mando. Tenían a su favor los anglo-franceses la iniciativa, la libertad de ataque, la superioridad numérica (seis divisiones, aparte de los ejércitos australiano y neozelandés, cita en su parte el general Hamilton) y el apoyo incontrastable de los formidables cañones de los acorazados y monitores, y sin embargo fracasaron. No les faltaron elementos ni ninguno de los factores materiales que aseguran el éxito; carecieron de lo que vale más: el mando eficiente y único, que sabe lo que quiere, los medios de que puede servirse e impone su voluntad, haciendo que cada rueda desempeñe la función que le compete.

Lección es esta que ha brillado desde agosto de 1914 como síntesis de cada campaña, tanto en el frente oriental como en los demás. Por mucho que se la repite, nunca será demasiado. La guerra, negocio supremo de las naciones, no puede ser dirigida por muchas personas, ni admite divisiones en su gobierno. El poder ha de encarnarse en una sola voluntad. Por eso, si es corto el número de los grandes capitanes, más corto es todavía el de los que fijaron la victoria a sus banderas; el triunfo requiere, además de la capacidad militar, la potestad de hacer uso en la dirección elegida de todas las fuerzas y recursos de la nación: Verdad que no debe de olvidarse nunca, y menos ahora que tanto se proclama y pondera el valor de los elementos materiales, ciegos e inertes por sí mismos.

IV.—La paralización de la ofensiva alemana y las futuras operaciones

En Rusia y en Francia están a la defensiva los alemanes; no han atacado a Salónica ni siquiera se sabe a punto fijo dónde se encuentran las tropas de von Gallwitz; tampoco hay indicios de que estén adelantados los preparativos de una expedición a Egipto.... ¿Qué hacen los alemanes? es la pregunta general, en la que los profanos resumen, sin probablemente darse cuenta, todos los sucesos de la guerra, desde septiembre de 1914 acá. Porque, efectivamente, cuantas campañas y maniobras se han traducido en resultados positivos y tangibles han sido iniciativa de los alemanes, mientras que en el campo contrario sólo ha habido que registrar estériles ataques, en los que nadie tenía fe, ni aún los mismos que los proclamaban. No parece sino que los acontecimientos se han supeditado de tal modo a la voluntad alemana, que nadie se mueve de su sitio sino

cuando los imperiales lo desean; el imprudente que por impulso propio sale de sus líneas, tiene que retornar a ellas mal de su grado. Sí, en aquella pregunta se resume toda la guerra.

Pero, si hay algo que pueda asegurarse sin necesidad de haberlo visto, es que los alemanes no están ociosos; las tropas empeñadas en los diversos frentes permanecen, no hay duda, en actitud expectante; los cuarteles generales, los servicios especiales y toda la energía industrial de la nación, laboran, en cambio, activamente, mucho más activamente que cuando se desarrollaron las campañas contra Rusia y Serbia.

Es un hecho que nadie puede desconocer que los alemanes, aprovechándose de la pasividad de sus diversos adversarios, antes de emprender cualquier maniobra la han preparado paciente y previsoriamente, tomándose todo el tiempo necesario y sin mostrar apresuramientos. Desde la campaña de Polonia a la de Augustovo, transcurrieron dos meses, y entre la última y la de Galizia, dos y medio. Las operaciones en Curlandia precedieron tres meses a la campaña decisiva contra Rusia, y no menos tiempo pusieron en preparar la invasión de Serbia. Y en estos casos se trataba de operaciones en teatros europeos, lindantes con la Europa Central y estrechamente ligados a las bases naturales. ¿Cómo extrañar que se invierta más tiempo en acometer la nueva ofensiva, cuya base han de ser elementos no instruidos ni acostumbrados a la disciplina militar? Porque si la guerra no termina antes, su decisión se irá a buscar en Asia, y para ello es menester organizar a los musulmanes de aquel continente.

Reembarcados los aliados que se sostenían en Gallípoli, se ha manifestado explícitamente su impotencia ante los turcos. La ocupación de Salónica no es, como aquella, una amenaza al pueblo otomano, y persistan allí los franco-ingleses o evacuen la plaza voluntariamente o por fuerza, la empresa de derrotar a Turquía en el Mediterráneo ha fracasado definitivamente; Salónica sólo tiene la importancia circunstancial que se deriva de la fuerza mayor o menor que tengan allí los aliados, sin consecuencias directas sobre las operaciones en los teatros principales.

Los recursos en hombres de Turquía pueden utilizarse en Europa o en el mismo país originario. Lo primero daría medianos resultados (los mismos que los ejércitos abigarrados de Asia, Africa, Oceanía y América empleados por Francia e Inglaterra), porque no se lucha por una causa ajena lo mismo que por la propia, y porque la guerra en Rusia, y en Francia sobre todo, requiere una preparación larga y especial. Lanzados en la misma Turquía y contra sus enemigos hereditarios, ingleses y rusos, los soldados asiáticos darán un rendimiento mucho mayor, sin que ello se oponga a que en compensación de los contingentes alemanes enviados a Asia, despachen sus aliados algunas tropas a Francia o, más probablemente, Rusia.

Tres grandes teatros hay en el occidente de Asia: el Cáucaso y N. de Persia; el S. de Persia y Mesopotamia; las fronteras de Egipto. El primero interesa a los rusos y en segundo lugar a los ingleses, para quienes es vitalísimo el último; el segundo importa por igual a las dos naciones, porque los combates reñidos en él trascenderían a la India, el Turquestán

ruso, el N. de Persia y el Cáucaso. Parece, pues, el más indicado para las futuras operaciones. La escasez de buenas vías de comunicación, el no estar terminados algunos trozos del ferrocarril de Bagdad, la escasez de recursos del país y su alejamiento del centro de Europa, parecen dificultades insuperables; no son pequeñas, es verdad, pero en peor caso se encontrarían aún los rusos e ingleses, toda vez que al fin y al cabo los turcos lucharían en territorio propio, y que los ingleses, no atreviéndose a valerse exclusivamente de sus tropas indostánicas, tendrían que despachar a aquellos climas extremados, soldados de la metrópoli.

Desde el punto de vista militar, el teatro central ofrece también más ventajas. La victoria no la esperan nunca los alemanes de la superioridad numérica, sino de la maniobra, y ésta necesita de vastas superficies donde puedan llevarse a cabo movimientos envolventes y combinados, combinación imposible frente al canal de Suez, sólidamente fortificado, guardado por potentes barcos y muchísimos miles de hombres, y en el cual los puntos de ataque son obligados.

Para que Inglaterra no traslade al golfo Pérsico sus ejércitos de Egipto, ni Rusia haga frente sin esfuerzo a la nueva acometida, es de creer que, como operación auxiliar que aliente a los libios y conmueva a los egipcios, sea atacado también el canal de Suez, y que por fin se ejecute el grande esfuerzo contra las dos alas del ejército moskovita en el frente europeo.

El plan es de una amplitud grandiosa y no puede llevarse a la práctica en días o semanas; exige meses, no ya los transcurridos desde el aplastamiento de Serbia, sino desde una fecha que se remonta, como mínimo, al verano de 1915, y nadie sabe cuándo Turquía y Alemania estarán en aptitud de acometerlo. Lo evidente es que no hay motivo para creer que la guerra languidece por agotamiento de los beligerantes, ni, mucho menos, para sospechar que los imperiales no saben ya dónde descargar los golpes y se resignan a esperar los acontecimientos.

¿Se realizarán los pensamientos de los imperiales, entrándose en una fase guerrera de incalculables consecuencias, que no se decidiría en modo alguno antes del invierno próximo? La respuesta no se encuentra ni en Turquía ni en el centro de Europa; son los aliados quienes deben darla. Si continúan arma al brazo o entretenidos en ataques de tan corta finalidad militar como los últimos de los rusos, los imperiales terminarán tranquilamente sus preparativos, y súbitamente estallará un espantoso incendio en Asia; pero si, al contrario, se arrojan sin reparar en sacrificios contra las líneas enemigas en el E., O. y S., la magna empresa sufrirá aplazamientos y acaso aborte. Con insistencia que hace desconfiar de la verdad del propósito, se viene diciendo hace muchas semanas que en la primavera efectuarán una concertada ofensiva a fondo los ejércitos de Rusia, Francia, Inglaterra e Italia; pero también pudiera suceder que antes de este empuje formidable apareciera el incendio en Oriente, y dos de los aliados tuvieran que poner su atención y sus tropas en teatros muy apartados de los alemanes. Siendo inútil conjeturar acerca de sucesos cuya gestación se desconoce, me limitaré a afirmar que los dos grupos de beligerantes

están apercibiéndose al choque final, porque ninguno de ellos quiere que el invierno que viene le sorprenda, como los dos anteriores, con las armas en la mano. Descansan las tropas, pero las inteligencias directoras estudian el modo más ventajoso de lanzarlas a la muerte.

V.—La situación el 18 de enero de 1916

Montenegro ha pedido la paz y ha aceptado la condición previa impuesta por Austria-Hungría de depositar las armas. Después de la intervención de Italia y Bulgaria, este hecho es el de más importancia y de consecuencias más generales de los acontecidos desde que estalló la guerra. Examinemos brevemente su inmediato alcance militar.

Salvo algunas tropas de ocupación, el ejército del general von Köwes queda disponible para operar en otro teatro, y el que avanzó por el O. y se apoderó del monte Lovcen—piedra angular de la resistencia montenegrina—podrá extenderse libremente hacia el S. Implícitamente, los austriacos han recibido un refuerzo de 100.000 hombres y se han librado de la mayor preocupación en la península balcánica, porque Montenegro, a pesar de su crítica situación, era el foco que mantenía viva la resistencia de algunos serbios y de los albaneses que capitanea el antiguo defensor de Skútari, Esad Bajá. Al mismo tiempo, pierden los italianos el apoyo natural que podían encontrar en Montenegro, y se les van a cerrar las puertas de Antívari y Skútari. Ante más de 200.000 anglo-franceses, excéntricamente situados en Salónica, y 50.000 italianos apostados en las costas albanesas, los austriacos han desenvuelto y ultimado con toda tranquilidad una campaña que les va a permitir recoger los frutos de la de Serbia y que consolida su posición en el Adriático.

¿Irán las divisiones de von Köwes a reforzar las establecidas delante de Salónica? No es de creer. Para los imperiales, están muy bien los anglo-franceses donde se hallan; ni molestan ni estorban sus planes, ni es de temer que emprendan una ofensiva temible. Lo natural es que sea ahora Albania el teatro principal de la guerra, y que los italianos no tarden en entrar en escena. Propusieron éstos conquistar Trieste y la península de Istria y apoderarse del litoral oriental del Adriático, y contemplan, a los ocho meses de guerra, que es Austria quien avanza. Ni sus violentas acometidas en el Isonzo, ni los furiosos ataques de los rusos en Galizia y Besarabia, han perturbado la marcha metódica y ordenada de los austriacos en Montenegro; parecía que Austria-Hungría no se hallaba empeñada en otras dos grandes guerras, de donde hay que colegir que a la doble monarquía le sobran fuerzas, o les faltan a Italia y Rusia; para el conjunto de la situación el resultado es igual.

Esa campaña contra Montenegro confirma, si fuera menester, que la ofensiva última de los rusos no influyó en lo más mínimo en las pretendidas

operaciones contra Salónica; las líneas del Strypa y Dniester están guarnecidas casi exclusivamente por austriacos, y acaba de verse cómo éstos continuaban tranquilamente su avance en Montenegro, mientras se estrellaban los rusos en Galizia y fronteras de Bukovina. ¿Iban a preocuparse más los alemanes, siendo los menos amenazados? Poco a poco, Inglaterra y Francia van reconociendo su error, aunque todavía propalan anuncios de una inmediata y violenta campaña de austro-búlgaro-germano-turcos contra Salónica. Pocas veces ha ocupado un ejército una posición tan desairada como la que han tomado los generales Sarrail y Mahon. Por disposición del primero han sido volados los viaductos y cortados los caminos que desde Salónica se dirigen a Bulgaria y Turquía, de lo cual ha resultado que las tropas griegas estacionadas en el litoral de Macedonia, hasta la frontera turca, han quedado separadas de sus bases y aisladas del resto del ejército; su abastecimiento está a merced del general Sarrail y de los barcos ingleses, pero bien pudieran recibirlo de Turquía, en cuyos brazos acaso les arrojen los acontecimientos y la necesidad.

Los rusos han recibido otro rudo escarmiento en una nueva tentativa en el Strypa y Dniester, menos vigorosa que la anterior.

Escaramuzas y cañoneos en el frente occidental; en el meridional, menudean más los ataques de los austriacos que los de los italianos; aquellos han obtenido un pequeño éxito local cerca de Oslabia.

Son contradictorias las noticias de Mesopotamia; el general Townshend continúa cercado en Kut-el-Amara, pero los ingleses afirman que una columna de socorro, que remonta el Tigris, ha derrotado a los turcos y se acerca a dicha plaza. No se trata ya de sojuzgar la Mesopotamia, sino de salvar a los restos del ejército derrotado en Ctesifón.

No cabe formarse juicio exacto de lo que acontece en Persia y más al E., donde la situación es muy confusa. Como reguero de pólvora se extiende la zona de los combates, que ha penetrado en el Belukistán y el Turquestán, acercándose a las fronteras de la India. Estos hechos de armas revelan que los rusos habían distribuido numerosas fuerzas en el N. y el centro de aquel país, las cuales están siendo vivamente hostilizadas. Los alzamientos populares menudean, y ello hace creer que el primer movimiento serio de los turcos tendrá lugar en aquellas regiones, antes que en el canal de Suez. La organización y el envío de tropas y material de guerra a Mesopotamia y Persia es labor larga y difícil, que se habrá iniciado a mediados de diciembre; es imposible hacer conjeturas sobre la fecha aproximada en que aparecerá en aquellos teatros el primer ejército turco merecedor de este nombre, reforzado con cuadros y material alemanes.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

19 de enero 1916.